

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

AÑO IV

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
Plaza de Cobina (antigua local del Gobierno Civil)
ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 18 DE AGOSTO DE 1902

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
En Murcia, un mes. pesetas 1
Fuera, trimestre. 3
NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

N.º 706

DE ACTUALIDAD

PUEBLO Y CORTESANOS

Mientras el pueblo, en cuantas poblaciones el rey visita, aclama con entusiasmo al joven monarca, los cortesanos que a este acompañan parecen empeñados en crear conflictos y en establecer una muralla entre el jefe del Estado y las representaciones populares que a él se acercan ávidas de testimoniarle su adhesión y sus simpatías.

Nunca la persona del rey ha aparecido más realzada, más simpática, que al entregarse confiada a la honradez de las masas populares, entre las cuales un rey puede considerarse más seguro que entre las bayonetas y los cañones, que no hay más firme ni más sólido baluarte que el amor del pueblo para la vida de las instituciones.

En cambio los desplantes de los cortesanos producen retraimientos justificados, que se traducen en frialdad, en falta de ese entusiasmo que por su juventud y sus bondades produce tan fácilmente el rey, despertando consoladoras esperanzas entre sus súbditos.

Los últimos telegramas dan cuenta de rozamientos surgidos entre el general Pacheco y el alcalde de Pamplona, representación genuina de aquel pueblo, del que tan entusiasta acogida ha merecido el monarca: y esos rozamientos, unidos a los que ya surgieron anteriormente y a los que surgirán después sin duda alguna, constituyen una nota por demás desagradable del viaje régio.

No parece sino que, al mismo tiempo que el pueblo procura rodear de agasajos y muestras de simpatía la excursión de D. Alfonso XIII, acercándose cariñosamente a su rey, los cortesanos procuran separar a este de las más prestigiosas representaciones populares, y enfriar esos calurosos sentimientos, que tanto deben halagar a todo monárquico sincero.

Siempre los cortesanos fueron fatales a los reyes, y para no constituir una excepción, los que acompañan en su viaje a D. Alfonso, parecen empeñados en el loco propósito de aislar a este, de cuanto significa sanas corrientes populares, que son las que mantienen y vigorizan las instituciones, condenadas a perdición irremisible cuando solo las queda el pérfido consejo y la influencia nociva de aquellos.

Afortunadamente, el rey ha demostrado poseer energías y voluntad propia, que le servirán para seguir imponiendo los nobles y generosos impulsos de su alma, que le inducen a vivir en contacto con el pueblo, que ama de veras y desinteresadamente, y no adula como servil lacayo.

UN CUENTO DIARIO

PESADILLA

—Nos encontrábamos en una estación de ferrocarril, que me era tan desconocida como el paisaje que la rodeaba. El edificio, pintado de blanco, se alzaba en el centro de un valle hermosísimo, donde la vegetación esplendorosa denunciaba la fertilidad del suelo y el reinado de la primavera. El ambiente era perfumado y tibio; los arroyos, que corrían mansos, simulaban con su murmullo los acordes de una suave y deliciosa orquesta lejana; los almendros, repletos de flores, parecían bandadas de palomas gigantes, cerniéndose sobre los campos; avecillas de pintado plumaje cruzaban

el espacio, ó saltaban de una a otra copa de los árboles, entonado un himno obligado al dios del día, que asomaba los rizos de su rubia cabellera por detrás de las lejanas colinas. Te aseguro que, contra mi costumbre, no sentía la nostalgia de mi lecho blando ni me pesaba el madrugón.

A juzgar por el aspecto de los innumerables viajeros que circulaban atropelladamente por los andenes, marchábamos a alguna romería, ó fiesta de toros, porque no se escuchaba más que el *¡golgorio!*, risas y algazara. La alegría de mis lindas y bulliciosas compañeras de viaje era tan sugestiva que, sin saber por qué, reía con ellas. Yo ignoraba a donde íbamos y de donde veníamos, pero me sentía dichoso y lleno de esperanzas. Presentía que al término de aquel viaje se hallaba la felicidad con los brazos abiertos, para recibirnos.

Cuando más embebido estaba en mis contemplaciones, escuché volteo de campanas, música de órgano y coro de voces angélicas; los que no habían ocupado ya asiento en los coches, los asaltaron tumultuosamente; cerráronse con estrépito las portezuelas de los compartimientos, y el tren se puso en marcha.

A los pocos minutos la velocidad era pasmosa, producía vértigo, pero el vértigo de la hermosura, porque el paisaje que se ofrecía a nuestra vista, distinto a cada instante, continuaba siendo delicioso.

El tren seguía su carrera desenfundada de caballo desbocado dispuesto a estrellarse contra el primer obstáculo, sin que nosotros parásemos mientes en el peligro que corríamos, ni él se detuviera en las estaciones del paso. Nuestra irreflexiva alegría no se atenúa un punto. El tiempo pasaba veloz, como la marcha del tren, sin que sintiésemos cansancio ni molestia, ni hambre, ni sed, ni sueño. Nos alimentábamos de risas, y a juzgar por los resultados, aquel alimento no podía ser más nutritivo y suficiente.

—¿Cuándo pararemos?—exclamó por fin alguno. Y antes de que otro tuviese tiempo de repetir la pregunta, el tren se detenía en una estación idéntica a la de partida, de la que únicamente se diferenciaba por el color de sus muros exteriores, pintados de color de rosa. También el paisaje que la circundaba era hermoso, y únicamente el color del cielo, de un azul canchicento manchado por algunas nubecillas negruzcas, le imprimía un ligero tinte melancólico, que se me filtró en el alma, a mi pesar.

Comencé a sentir deseos de conocer el término de aquel viaje, el nombre del lugar en que nos hallamos y la cuantía de la distancia recorrida. Un empleado de la estación que pasaba por delante de la ventanilla a que yo estaba asomado, me respondió contestando a mis preguntas, que el término de mi viaje le era desconocido, que la distancia recorrida era enorme, y que habíamos invertido en andarla cuatro lustros. Le contesté con una carcajada excéntrica, y él se marchó encogiéndose de hombros.

Al partir el tren de nuevo invadió mi espíritu una melancolía inexplicable, de la que participaban sin duda los demás viajeros, porque ya no se reía ninguno con aquella franqueza que nos hizo formar alegre coro. Además, comencé a sentir una molestia extraña en el lado izquierdo del pecho, que atribuí a algo de fatiga, ocasionada por la vertiginosa marcha del tren, que corría y corría con la rapidez de la luz de un relámpago.

Volví a detenerse el convoy después de haber corrido mucho; y picado de curiosidad nuevamente, repetí a un empleado las preguntas que le hice al de la estación anterior. Sus respuestas fueron idénticas, excepción hecha de la cifra de tiempo que llevábamos viajando, porque este me aseguró que ascendía a seis lustros.

Desde aquel instante, la molestia que había sentido hasta entonces en el lado del corazón se transformó en angustiosa sensación de peso, que me impedía reír. Me fijé en el paisaje que nos rodeaba, y observé con disgusto que comenzaba a hacerse árido: nos hallábamos en el centro de una inmensa planicie sin árboles ni fuentes, sin flores ni pájaros; lindaba con ella una ágría pendiente, que pronto subiríamos, a juzgar por la dirección de los rails de la vía.

Partimos de nuevo; pero la velocidad del tren era menor, y el peso que yo sentía en el lado izquierdo del pecho, dentro del corazón sin duda, aumentaba.

Mis compañeros de viaje experimentaban seguramente, análogas sensaciones a las mías, porque en sus semblantes veía reflejados mis sentimientos, como en la luna de un espejo; y cuando, por excepción, reía alguno histérica-

mente le mirábamos los demás con asombro y disgusto.

Ya el tren no corría, y observé que su marcha se iba haciendo penosa a medida que el peso de mi corazón aumentaba. Llegué a creer que aquél peso, centuplicándose a cada instante, dificultaba la marcha y a haber podido, para acelerarla, hubiese tirado mi corazón por la ventanilla del coche; de tal modo me torturaban el cansancio y la impaciencia.

Paramos de nuevo en otra estación tan obscura como el manto de la noche que nos envolvía; un frío glacial, que punzaba las carnes, penetraba hasta la médula de nuestros huesos.

—¿Cuándo llegaremos al término de este viaje, Dios mío?—Esa era la pregunta que ansiosamente repetían los labios.

Proseguimos el viaje por entre las tinieblas de aquella obscura noche no sé cuanto tiempo... pero ¡conqué angustias! La lentitud de la marcha, el frío y el peso de nuestros corazones, que apenas nos dejaba movernos, se hacían insoportables.

—¡Lleguemos de una vez!—decían algunos, con el rostro desencajado.

—¡Acabemos este horrible viaje, aunque sea en el fondo de un abismo!—esclamaban otros—¡pero que no nos sometan por más tiempo a esta tortura inacabable!

Ya el tren se arrastraba fatigosamente con paso de tortuga, cuando oímos una detonación espantosa: la caldera de la locomotora había reventado; no podíamos continuar, y un caos de tinieblas nos envolvía.

Salté a tierra, quise andar, y rodé como una bola, arrastrado por el peso de mi corazón, que fué a dar conmigo en el fondo de una sima!

—Horrible ha sido el sueño, hijo mío—dijo al adolescente que lo había referido, un anciano de nivea barba y helados cabellos, que con suma atención le había estado escuchando—; pero no hagas caso de pesadillas y procura dormir del lado derecho en lo sucesivo; verás como no las tienes.

Y se separó del joven, diciéndose a sí mismo mientras se alejaba:—¡Demonio de sueño! ¡Pues no ha ido a revelarle a esa oriatura lo que es el viaje de la vida! ¡Si él supiera que ha de hacerlo como lo ha soñado! ¡Dios le libre de saber tal cosa!

Aurelio Yanguas.

Fiestas en Librilla

DED CADAS EN HONOR

de su patron San Bartolomé Apóstol

Este año como ninguno van a manifestar los vecinos de esta villa el entusiasmo y acendrado fervor que le profesan a su glorioso patrón San Bartolomé, presentando un programa de festejos por todos conceptos santuosos y verdaderamente fuera del alcance de las fuerzas de este pueblo.

En honor a la verdad, hemos de consignar la gran cooperación que prestan a estos festejos la lucida y numerosa comisión que al efecto fué nombrada por esta corporación municipal de la que es el alma nuestro incansable y celoso alcalde D. Miguel Munuera Gil, secundado por los señores concejales y por los distinguidos jóvenes D. Manuel Mauricio Cortina, D. Jesús Quesada Cueto y D. Ricardo Gomez Pizarro, que han trabajado sin descanso por el mejor éxito de las fiestas.

PROGRAMA

Día 21.—La banda municipal que dirige el veterano maestro D. Vicente Espada (padre) recorrerá las principales calles de esta villa anunciando con alegres paso-dobles la celebración de dichas fiestas.

Por la tarde de dicho día saldrá de la calle del Exomo. Sr. D. Angel Aznar, una vistosa y lucida cabalgata, compuesta de diferentes grupos entre los que se destacará magnífica carroza ocupada por bizarras mozas de este pueblo, recorriendo las principales calles.

Por la noche ascensión de un colosal globo, el cual llevará un premio en metálico para el que tenga la dicha de capturarlo, y gran iluminación en la carrera, amenizada por la banda de música.

Día 22.—Alborada acompañada de gran traca y profusión de cohetes voladores.

Por la tarde gran cueca en la Plaza de Alfonso XIII y bailes populares, todo amenizado por la antedicha banda.

Por la noche se quemará una bonita cuerda de gran novedad dirigida por dos afamados pirotécnicos.

Día 23.—Segunda alborada lo mismo que el día anterior.

Por la tarde reparto de mil libras de pan a los pobres por las señoritas más distinguidas de este pueblo.

Por la noche primera verbena en la Plaza de Alfonso XIII y calles del General Aznar y D. Victor Vergara. A las diez se quemará un vistoso castillo de fuegos artificiales por los ya citados pirotécnicos.

Día 24.—A las ocho de la mañana saldrá de la Iglesia Parroquial una lucida procesión recorriendo la carrera de costumbre. Terminada la procesión, gran

función religiosa en honor al glorioso mártir San Bartolomé, encargándose de hacer el panegírico el coadjutor de Santo Domingo de Mula D. Bartolomé Lopez Cerón; presidiendo la función el Ayuntamiento y acompañada a gran orquesta.

Por la tarde adjudicación de dos premios distribuidos en la siguiente forma: El primero a la chica que mejor mantón de Manila presente y el segundo a la que vista mejor traje de huertana, a juicio del jurado nombrado al efecto.

Por la noche segunda verbena, y para final de fiestas, se quemará un soberbio y colosal castillo de fuegos artificiales, apareciendo en la fachada la imagen del glorioso patrón.

LA MALVASEDA

Apenas huele la malvaseda de mi balcón; pero es sufrida y en todo tiempo me dá su olor.

Con poco vive y ama la vida... ¡Ama la tierra! ¡Como unos brazos de enamorada, tiernas raíces en ella echó!... ¡Son su alegría la fresca lluvia, los aires puros y los ardientes rayos del sol!

Su aroma es dulce, sencillo, honrado... huele a los campos donde parece que se crió, y se desprende de su perfume como un aliento de vida plácida, ¡como soñada remota voz!

No es ostentosa la malvaseda, más tiene gracia y es, aunque humilde, sólida y fuerte; si no desuella su delicada, modesta flor, la planta pródiga se dá en sus tallos, se dá en sus hojas ¡toda perfume de las raíces al corazón!

Acariciando las hojas suaves ¡oh, cuántas veces, como a los besos agradecidos, de rico aroma la mano amiga se embalsamó!...

¡Como una cosa que sufre y ama, honda ternura me hace que sienta la malvaseda de mi balcón!

VICENTE MEDINA.

LABOR PLAUSIBLE

Desde el mes de Junio viene publicando nuestro apreciable colega «El Diario», una serie de artículos sobre el saneamiento de Murcia, de los cuales el IX y último presenta en forma de conclusiones, toda la materia en ellos contenida, y la solución que debe darse al problema más esencial de cuantos pueden plantearse en favor, no de los intereses, sino de la vida de nuestra ciudad.

Ya que los ahogos del tiempo y la escasez de espacio, no nos han permitido reproducir tan interesantes trabajos, queremos al menos hacerlo de esas conclusiones, que son como la síntesis del profundo estudio en que el Sr. Alvarez Ossorio ha demostrado vasto conocimiento de la ciencia higiénica, del estado actual de la cuestión del saneamiento de población, así como de las circunstancias locales, a la vez que el gran interés que le inspira la gravísima situación en que se halla la capital a causa del inconcebible abandono en que está y la absoluta indiferencia con que se mira cuanto se refiere a la policía sanitaria urbana y las funestas consecuencias de ese abandono a nadie y a todos imputable.

He aquí las conclusiones a que aludimos:

I
Murcia siente la imperiosa y urgente necesidad de atender a su saneamiento a fin de hacer de ella una ciudad salubre, tal y como debe de ser según las ventajosas condiciones que debe a la naturaleza.

II
La estadística demográfica arroja datos desconsoladores que demuestran de manera evidente su insalubridad. La mortalidad sobrepasa la cifra de 35 individuos por 100, cuando el término medio es hoy en las capitales europeas de 13 a 20; pierde, pues, cada año 19 por

1000 más de lo que debería corresponderle arrebatando la muerte en el último decenio, por enfermedades infecciosas, 6300 de sus hijos que probablemente habrían alcanzado largos años de existencia de vivir en un medio ambiente más sano, lo que equivale para Murcia a una pérdida de riqueza de más de 30 millones de pesetas.

III
Más de la mitad de las enfermedades que causan la muerte en Murcia, son infecciosas, evitables mediante una buena higiene urbana. La maternidad en este foco general de infección, es un peligro; el 50 por 100 de los niños, mueren antes de cumplir los 5 años; el término medio de la vida humana, es de 23 años, cuando en Alemania, Bélgica, Inglaterra, etc., oscila entre 33 y 40 años.

IV
Ante situación tan grave que impide el crecimiento de la población y por tanto, el desarrollo de la riqueza, que atemoriza los ánimos y lleva la inquietud y a veces el duelo a muchos hogares, Murcia debe emprender a toda costa y sin pérdida de momento,—pues cada día de retraso representa dos ó tres muertes prematuras,—las obras de saneamiento de la ciudad.

V
Al efecto, y siguiendo los procedimientos más admitidos hoy por la ciencia y consagrados por la experiencia de los grandes centros de cultura de Berlín, Londres y París y el camino trazado por Bilbao, Sevilla y Valladolid, deberá formar un proyecto de saneamiento integral, no reducido a la evacuación de las materias impuras, sino que atienda al saneamiento del subsuelo y al abastecimiento de aguas, principal elemento de la higiene de los individuos y de las poblaciones.

VI
El plan se dividirá en tres partes:
1.ª Una red de alcantarillas que sustituya al desagüe actual; al Val de San Antolín y a los conductos que polucio-

